



La delincuencia ya es de todos

El problema de la delincuencia y la inseguridad es uno de los más graves en nuestra sociedad. Un sistema basado en la acumulación de la mayor parte de la riqueza en pocas manos y una gran masa de pobres, excluidos, desempleados o informales es su caldo de cultivo. Por supuesto que esta realidad no es nueva, siempre ha existido injusticia, pobreza y miseria en el Ecuador.

Es cierto que los grandes medios de comunicación se ensañan en magnificar este fenómeno, ya sea para lucrar con el sensacionalismo y el morbo de las noticias de crónica roja, o con el claro fin de desprestigiar al gobierno, haciendo aparecer que sus esfuerzos por resolver esta realidad son ineficaces o insuficientes.

Por otra parte, esta situación genera violencia, muerte, miedo, incertidumbre. ¿Quién no ha sido víctima de un robo, de un asalto, de un secuestro o de un asesinato? ¿Quién no tiene algún familiar o conocido que haya vivido alguna de estas traumáticas experiencias? La delincuencia está cada vez mejor organizada, dan golpes cada vez más audaces y disponen de recursos más sofisticados. Además, ciertos subproductos de la violencia crónica en Colombia como el sicariato y las extorsiones, ya son corrientes en el Ecuador.

El gobierno de Correa ha decidido combatir el problema de la delincuencia y la inseguridad, lastimosamente desde la perspectiva de la represión. Aumenta el número de efectivos policiales, les dota de más armas y equipos y mejora sus sueldos. Es decir, no apunta a las causa de la violencia que impera, sino que prefiere parchar las consecuencias.

Por lo tanto, el gobierno ha tomado medidas pero escasas o insuficientes para lograr un manejo integral del problema. Otra cosa sería si se implementaran políticas sociales encaminadas a disminuir la brecha de desigualdad entre ricos y pobres, si se aumentara el empleo o se conseguiría una verdadera rehabilitación social de los presos.

Enfrentar el problema de raíz pasa por fomentar la producción en el campo, repartir a los desposeídos las tierras ociosas, otorgar masivamente microcréditos productivos para los más pobres del campo y de las ciudades. Respecto a este último aspecto, sería mucho más útil canalizar hacia microcréditos los recursos destinados a esa limosna disfrazada, que se conoce como “bono de desarrollo humano”. Con todo ello, se conseguiría atacar las causas de la delincuencia y salir de la realidad en que estamos, en la que prácticamente la delincuencia ya es de todos.